



JUAN MONTALVO.

1832 - 1932

Con su silencio ya proverbial para las grandes figuras intelectuales, América celebró el 13 de Abril último el primer centenario del nacimiento de Juan Montalvo. Se ha dicho de él «que supo amar y odiar de igual manera en su beligerancia sin tregua: un tigre para los perversos y para los buenos, un corazón de madre». Fue maestro de la libertad, contra los tiranos. Maestro, contra los fanáticos e hipócritas. Pero al propio tiempo un artista de la palabra. Vivió en soledad permanente porque en América sólo logran pleitesía los que rinden su dignidad a los pies de los tiranos y los que se inclinan con adulos y lisonjas ante los poderosos.

# A t e n e a

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y  
ARTES. PUBLICADA POR LA  
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

---

---

Año IX

Abril de 1932

Núm. 86

---

---

Eugenio González R.

## RECUERDO DE MONTALVO (1).

**S**OLO penetrado de respetuosa emoción puede un americano de hoy considerar la personalidad de un hombre como Juan Montalvo en quien se dieron, con tal cabal plenitud, las más firmes excelencias del espíritu y del carácter, y en quien asumió relieves representativos, a veces heroicos, el drama de la inteligencia en conflicto con los hechos. Porque Montalvo es, entre nosotros, como lo dijera Rodó, el que mejor puede encarnar en una galería emersoniana el tipo del Intelectual, la calidad del Escritor. Como tal, encierra en la trayectoria de su vida la oposición, frecuente en América, entre las aspiraciones de una conciencia superiormente depurada por la cultura y las ásperas realidades de la tierra.

De todos los escritores americanos, ninguno reúne mayor suma de grandes aptitudes, mayor acopio de lecturas y reflexiones, mayor primor en el cultivo del pensamiento y del estilo. Su obra alcanza la reciedumbre imperecedera de lo clásico, una pureza formal intachable que continúa las más legítimas tradiciones

---

(1) Discurso pronunciado en el homenaje tributado a Juan Montalvo, con motivo del centenario de su nacimiento, en el Internado Nacional Barros Arana.

del idioma, sin que por eso deje de contener la palpación vital que define al verdadero talento creador. Nutrido en los grandes maestros, logró la sobriedad ejemplar, la expresiva fuerza, la rotundidad elocuente, y a ello aunó, en admirable armonía, la densidad ideológica, la ágil dialéctica, el fervor humano.

Tuvo adentrada en el alma, como imperativo del destino, la vocación del escritor; y el amor de las ideas, inagotable en él y siempre fresco, unido al genio natural de la palabra, robustecido por el estudio atento de los modelos ejemplares, hizo de Montalvo un ensayista no superado y un polemista insigne. Su prosa política, junto a la eficacia destructora del sarcasmo ocasional, exhibe rasgos de valor permanente. Tema que toca su pluma se dignifica. Siempre, aun en los arrebatos de la pasión política, el artista vela, imprimiendo un sello de noble calidad literaria a la diatriba y al apóstrofe. Ahí están sus «Catilinarias» para demostrarlo.

Pero, sin duda, donde su talento excepcional, su variada erudición y su aptitud expresiva alcanzan el máximo florecimiento es en los «Siete Tratados» y en aquellos «Capítulos que se le olvidaron a Cervantes», ensayo de imitación de un libro inimitable, como él lo subtitula. Pocas veces en la literatura española y nunca en la americana encontraremos, como en estas obras, un señorío más indiscutible de los complejos recursos del idioma, una ilustración clásica de más fina ley. No obstante, el cultivo de la forma perfecta, la delectación en el uso de palabras y giros desusados, no priva en ningún momento a Montalvo de sus inquietudes de combatiente, de sus vigilantes e implacables pasiones de hombre. Todo ello da a su literatura una peculiar fuerza atractiva: vuelca en el molde antiguo, reconstruido por la disciplina del intelectual, el espíritu contemporáneo, ennoblecido por el brío del ciudadano.

Porque más representativa aun que su calidad de escritor es su conciencia de ciudadano, y más hondo que el amor a la belleza, fué, tal vez, en su alma, el amor a la libertad. Como Sarmiento frente a Rozas, Montalvo encarna frente a García Moreno la rebelión de la inteligencia contra la fuerza, y en esta actitud que mantiene a través de años azarosos, con gallarda pertinacia, su figura se proyecta sobre el panorama americano como un ejemplo de heroísmo cívico. Ahora distanciados en el tiempo, sin mengua del respeto debido al varón ilustre, veamos esa actitud en consonancia con el medio y con la época.

Roto el orden patriarcal y católico de la Colonia, esfumados los sentimientos hereditarios de sumisión y jerarquía, desaparecidos en el atorbellinado sucederse de las revoluciones las viejas disciplinas tradicionales, irrumpen con inusitada violencia los instintos anárquicos de las masas, en la superficie de las sociedades continentales. Años de incertidumbre bélica, de bárbara pasión militante, de frenesí sin objetivo, son los que atraviesan nuestros pueblos una vez que los rígidos moldes autoritarios del dominio español se rompen a impulsos de una pujante vitalidad revolucionaria.

Sobre el revuelto oleaje político, destacan las aristocracias blancas de jurisconsultos y letrados que pretenden imponer las nuevas fórmulas republicanas al insurrecto mestizaje y a las hordas rurales. Vanos son los intentos candorosos de los ideólogos, adocotrados en la Revolución Francesa y en el romanticismo liberal, para dar una estructura democrática al bullente conglomerado de fuerzas que se debaten por la supremacía. Las pasiones y los instintos, poderes anárquicos, refractarios a toda integración y desprovistos de sentido, se revuelven sin tregua en épica pugna. Sobre las ciudades cultas, guardadoras del espíritu colonial, de los hábitos corteses y pulcros, de la sensibili-

del idioma, sin que por eso deje de contener la palpitation vital que define al verdadero talento creador. Nutrido en los grandes maestros, logró la sobriedad ejemplar, la expresiva fuerza, la rotundidad elocuente, y a ello aunó, en admirable armonía, la densidad ideológica, la ágil dialéctica, el fervor humano.

Tuvo adentrada en el alma, como imperativo del destino, la vocación del escritor; y el amor de las ideas, inagotable en él y siempre fresco, unido al genio natural de la palabra, robustecido por el estudio atento de los modelos ejemplares, hizo de Montalvo un ensayista no superado y un polemista insigne. Su prosa política, junto a la eficacia destructora del sarcasmo ocasional, exhibe rasgos de valor permanente. Tema que toca su pluma se dignifica. Siempre, aun en los arrebatos de la pasión política, el artista vela, imprimiendo un sello de noble calidad literaria a la diatriba y al apóstrofe. Ahí están sus «Catilinarias» para demostrarlo.

Pero, sin duda, donde su talento excepcional, su variada erudición y su aptitud expresiva alcanzan el máximo florecimiento es en los «Siete Tratados» y en aquellos «Capítulos que se le olvidaron a Cervantes», ensayo de imitación de un libro inimitable, como él lo subtitula. Pocas veces en la literatura española y nunca en la americana encontraremos, como en estas obras, un señorío más indiscutible de los complejos recursos del idioma, una ilustración clásica de más fina ley. No obstante, el cultivo de la forma perfecta, la delectación en el uso de palabras y giros desusados, no priva en ningún momento a Montalvo de sus inquietudes de combatiente, de sus vigilantes e implacables pasiones de hombre. Todo ello da a su literatura una peculiar fuerza atractiva: vuelca en el molde antiguo, reconstruido por la disciplina del intelectual, el espíritu contemporáneo, ennoblecido por el brío del ciudadano.

Porque más representativa aun que su calidad de escritor es su conciencia de ciudadano, y más hondo que el amor a la belleza, fué, tal vez, en su alma, el amor a la libertad. Como Sarmiento frente a Rozas, Montalvo encarna frente a García Moreno la rebelión de la inteligencia contra la fuerza, y en esta actitud que mantiene a través de años azarosos, con gallarda pertinacia, su figura se proyecta sobre el panorama americano como un ejemplo de heroísmo cívico. Ahora distanciados en el tiempo, sin mengua del respeto debido al varón ilustre, veamos esa actitud en consonancia con el medio y con la época.

Roto el orden patriarcal y católico de la Colonia, esfumados los sentimientos hereditarios de sumisión y jerarquía, desaparecidos en el atorbellinado sucederse de las revoluciones las viejas disciplinas tradicionales, irrumpen con inusitada violencia los instintos anárquicos de las masas, en la superficie de las sociedades continentales. Años de incertidumbre bélica, de bárbara pasión militante, de frenesí sin objetivo, son los que atraviesan nuestros pueblos una vez que los rígidos moldes autoritarios del dominio español se rompen a impulsos de una pujante vitalidad revolucionaria.

Sobre el revuelto oleaje político, destacan las aristocracias blancas de jurisconsultos y letrados que pretenden imponer las nuevas fórmulas republicanas al insurrecto mestizaje y a las hordas rurales. Vanos son los intentos candorosos de los ideólogos, adoctrinados en la Revolución Francesa y en el romanticismo liberal, para dar una estructura democrática al bullente conglomerado de fuerzas que se debaten por la supremacía. Las pasiones y los instintos, poderes anárquicos, refractarios a toda integración y desprovistos de sentido, se revuelven sin tregua en épica pugna. Sobre las ciudades cultas, guardadoras del espíritu colonial, de los hábitos corteses y pulcros, de la sensibili-

dad refinada, se desperraman las muchedumbres guerreras de los llanos y de las sierras, trayendo la dura voluntad informe de la naturaleza.

Y es que las aristocracias criollas, que continúan la gran tradición española, representan un ámbito cultural que no arraiga en la obscura potencia del medio. La lucha que se plantea es, en lo íntimo, y radical, el conflicto entre cultura y naturaleza, entre las formas de pensamiento y convivencia de las minorías europeizantes y el empuje autóctono de las masas que aun no se elevan a la comprensión de su propio y original destino. Desde un comienzo, la lucha política reviste terrible acritud: liberales y conservadores alternan en el goce del poder y el Estado, es, a menudo, botín de guerrilleros. Ninguna estabilidad jurídica ni continuidad gubernamental es posible porque falta el cimiento necesario; los sentimientos sociales de respeto, de solidaridad, de disciplina. Sólo la fuerza obtiene una precaria y siempre efímera apariencia de orden. Los instintos sublevados y sin cauce apenas se subordinan a la autoridad de la violencia.

Fácil es comprender el drama de la inteligencia en una atmósfera social de tan adversa índole. El intelectual vive en el mundo platónico de las ideas, la viviente verdad de los hechos raras veces influye en la orientación de su actividad pública. El intelectual llega a la política con un rico acervo de conceptos, de ideales, de citas históricas, y de proyectos racionalistas. La realidad compleja, cambiante e ingrata no entra en sus cálculos abstractos. El quisiera conformar la vida a las aspiraciones universales de la razón. Así vemos en Hispano-América un fenómeno que pudo observarse también en la Rusia anterior a la Revolución de Octubre: el divorcio patético entre los núcleos intelectuales y el ambiente primitivo. La inteligencia acoje las fórmulas, las ideas, los métodos y los prejuicios europeos, y sin adaptarlos, quiere imponerlos.

Mientras los ideólogos—abogados y poetas—procuran establecer la democracia en los artículos de las Constituciones, los caudillos, hijos de la tierra, la realizan impetuosamente a su modo, quebrando los cuadros de la sociedad tradicional, en la agitación de sucesivas guerras civiles.

El respeto espontáneo a la norma jurídica presupone una conciencia colectiva y ésta sólo se da en climas de alta y depurada cultura. Donde no hay siquiera unidad racial, como en Hispano-América, y los instintos violentos campean, tienen que surgir fatalmente poderes inorgánicos, efímeros, gobiernos personalistas. Gobernantes como Rozas, Guzmán Blanco, Porfirio Díaz y García Moreno no se dan por azar sino por determinación del ambiente. Y esta necesidad histórica, de la cual son ciegos y, a veces, terribles instrumentos, les comunica cierta extraña grandeza y suspende el juicio condenatorio del que, sin ánimo de bandería, explora el turbulento pasado americano.

Montalvo tuvo en García Moreno un adversario digno de su categoría. De las muchas personalidades despóticas que han aparecido en la política continental, tan rica en valores humanos, ninguna de tan acentuada originalidad como la de este universitario que consiguió imponer en el Ecuador, con la firmeza de su voluntad autocrática, una curiosa tiranía de tipo clerical. No la intolerancia mediocre sino el fanatismo supremo fija el perfil del gobierno de García Moreno. Lo público y lo privado se encuadran dentro de severas normas católicas. La Compañía de Jesús dirige en la sombra, con las sutiles artes de Loyola, la marcha del Estado. Un implacable servicio inquisitorial controla la circulación de las ideas. Los cuerpos del Ejército son designados con nombres eclesiásticos. Más aún: las ceremonias religiosas dan ocasión para que el Jefe del Estado exhiba su devoto frenesí, cargando sobre sus espaldas, en piadosa procesión, una

pesada cruz, rodeado de los altos dignatarios, a la cabeza de la sombría muchedumbre.

Junto a esta devoción ostentosa, García Moreno ejerce su poder, sin contemplaciones, contra los enemigos de su régimen que sirve a la santa religión. Las persecuciones y los destierros completan el cuadro del fanatismo. El hombre que se siente amparado por la Providencia no vacila en recurrir a crueles extremos para defender la integridad de su poder temporal que está al servicio del poder espiritual. Una oscuridad pesada, henchida de un confuso clamor litúrgico, a ratos sacudida por una protesta que la sangre ahoga, podría ser la imagen de la tiranía de García Moreno.

Sin embargo, injusto sería desconocer que tal régimen tuvo un fuerte contenido ideal. La personalidad de García Moreno no es la del fanático vulgar, ni la del ambicioso artero, ni la del tirano egoísta. Fué grande, sin duda: tuvo los dones del talento, la energía de la voluntad y la pasión de un sueño imposible. Aquella tentativa suya, no por frustrada menos respetable, de dar a todo un pueblo la unidad del sentimiento religioso, su afán de dignificar al Estado poniéndolo al servicio de fines trascendentales, merecen la atención comprensiva de la posteridad. Además, aunque vivía para el cielo, no descuidó su tierra: organizó las finanzas públicas, abrió caminos propicios al comercio, inició la red ferroviaria atendió los problemas económicos.....

Contra él mantuvo Montalvo una agitada y soberbia campaña. Ya en 1860, antes de haber actuado en lides públicas, el escritor dirige al estadista estas palabras que envuelven orgullosa amenaza:

Si alguna vez me resigno a tomar parte en nuestras pobres cosas, Ud. y cualquier otro cuya conducta fuera hostil a las libertades y derechos de los pueblos tendrán en mí un enemigo, y no vulgar.

No, no fué vulgar el adversario de García Moreno. Honrado fué el gobernante con que la pluma de Montalvo escribiera su nombre para exceccarlo. Y grato tuvo que ser para el escritor que el destino le deparara un enemigo de rango eminente.

Interminable sería escribir al margen de la vida y la obra de Juan Montalvo: vida tan rica en viriles virtudes, obra tan colmada de méritos indiscutibles. Pasan los años abillantando su recuerdo. Hijo del Ecuador, es un hombre de América. El lo sintió también así, y su espíritu abarcó las grandes perspectivas continentales. Pero tuvo de nuestra realidad, a veces, acaso en los instantes de inevitable desaliento que acometen hasta el más animoso luchador, una imagen amarga:

Yo pienso, decía—que nuestra democracia alharaquieta es como el precito condenado a llevar una enorme peña a la cúspide de un monte: no ha subido cuatro pasos cuando cae y vuelve al trabajo y el dolor. La civilización es para nosotros el peñón de Sísifo: no lo hemos levantado siete estados y henos allí, caídos al pie de la montaña.

Hoy, a cuarenta y tres años de su muerte, conservan sus palabras una lapidaria fuerza de verdad. El destino de Hispano-América aparece cargado de problemas inquietantes. Oscuros presagios cierran el horizonte del porvenir. Y es bueno y es alentador, en horas como éstas, de inquietud y de congoja, aproximarse en espíritu a un hombre como Juan Montalvo, ejemplar en su vida y en su obra.